

Arguedas: La novela social como creación verbal

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Ya en prensa este número, unos renglones escondidos en el rincón de un diario nos fulminan de pronto con la noticia: "Sebastián Salazar Bondy, uno de los más conocidos escritores peruanos contemporáneos, falleció hoy 4 de julio, a los 41 años de edad, víctima de una dolencia hepática... Sus restos se velan en la Casa de la Cultura".

Era, además del escritor que era, un amigo excepcional, un espíritu generoso, siempre abierto a la selva de voces de nuestra América, y apto para traducir ese concierto —o ese desconcierto— tornándolo propio y profundo.

Era también —como bien lo saben los lectores menos inconstantes— colaborador fiel y solidario de nuestra revista. Nunca sospechamos que el ensayo que aparece enseguida habría de convertirse en homenaje póstumo a su autor.

R de la U de M.

En un medio de vocaciones inconclusas, donde el escritor se frustra o extravía bajo el asedio del bien retribuido funcionarismo, la política profesional o la figuración social, José María Arguedas es un caso de tranquila pertinacia literaria. Hace treinta años que, alternándolo con la docencia, desempeña un cargo en el Ministerio de Educación Pública —en cuyo escalafón ha alcanzado el más alto nivel, el de Director de la Casa de la Cultura—, pero esta rutinaria actividad no ha mellado su capacidad de aprehensión de la esencial realidad, ni su poder de interpretación de los valores sustantivos, ni su voluntad de cumplir a cabalidad con la labor intelectual que evidentemente se le impone como un mandato vital. Su fantasía ha sabido iluminar con la luz resplandeciente de las alturas andinas, que

sus pupilas conservaron como vestigio de su primera edad, la grisura oficinesca, la nublada techumbre limeña, el difícil trabajo de sobrevivir oscuramente en un ámbito extraño.

Habría que buscar en la infancia de Arguedas las experiencias que hicieron de él un escritor que para las letras rescata del hombre de los Andes peruanos la fuerza que permite adivinar en la naturaleza un *animus*, y que incorpora a la novela, o a la fábula de la novela, juntamente con la presencia y la existencia tramadas de las gentes, "el llanto y la mágica maravilla de ríos y montañas",¹ tal cual él mismo lo ha declarado. En verdad, sus relatos, especialmente los de su madurez, no son tan sólo la exclamatoria perplejidad ante "esa naturaleza creada por Dios" a la que alude, a propósito de la novela rural, Emir Rodríguez Monegal en su excelente artículo sobre la nueva novela de la ciudad latinoamericana, sino la aventura tierna o terrible del hombre con los pájaros, los árboles, las flores, las piedras o las estrellas humanizadas. Entre personas y cosas hay en los libros de Arguedas un contacto que sobrepasa el puramente sensorial y se revela como una coparticipación del alma, como un tejido coherente y armónico. La crisis sobreviene cuando ese hombre implicado en la naturaleza es desgajado de ella por las turbulentas circunstancias que otros hombres crean.

De ahí que el lenguaje, más allá de la particular situación de Arguedas, quien aprendiera el español después del quechua, su lengua natal, resulte en su obra movido por un nervio que vibra de modo peculiar y que convierte las palabras en una suerte de acorde significativo infrecuente y notable. Arguedas ha buscado su estilo a través de toda su vida, luchando contra las dificultades del idioma adoptivo tanto para que éste expresara sus propias vivencias personales cuanto para que fuera capaz de contener los significados del quechua hablado por sus



"iluminar con la luz resplandeciente de las alturas andinas"

personajes indios. Él ha contado en un prólogo los episodios de ese largo y duro combate con la expresión: se deduce de aquella confesión que el escritor se ha hecho haciendo su lengua, construyéndola como una válida equivalencia castellana de la anti-quísima habla incaica. Volveremos sobre esto más adelante.

Es evidente que a Arguedas le preocupa el Perú, pero no únicamente como problema organizativo o político-social. Su inquietud se dirige más bien a la manera como se desarrolla aquí el proceso de enfrentamiento de dos culturas, las cuales no son dos esquemas abstractos de simple etnografía sino que poseen una palpante concreción y tienen su campo de acción en la vida real de dos clases de hombres de carne y hueso: el blanco y el indio, a veces parcialmente, aunque no felizmente, mezclados. El caso es (y esta tácita conclusión se desprende de sus libros) que el conflicto no se habrá de resolver mediante una legislación, por más humanista y revolucionaria que ella sea, pues este indio, aquel mestizo y ese otro blanco son personas y como tales sujetos de libertad, dignidad y humanidad. La angustia de Arguedas proviene de que considera que estos seres humanos y otros más se avasallan y se destruyen en la inocencia. Son instrumentos de un poder ajeno a todos ellos, enemigo de todos ellos, contrario a la comunidad que, por gravitación histórica, juntos conforman o debieran conformar.

En verdad, el Perú es un país escindido, donde es posible hallar esa división maniquea de la sociedad que Franz Fanon advertía en el régimen colonial africano. Y ningún libro científico, ningún ensayo o investigación, ha mostrado tan grave divorcio social como la extensa novela *Todas las sangres* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1964) que, a juicio de la crítica, es la más ambiciosa y lograda creación del novelista peruano. En ese libro que es como un mural caótico, como el fresco destinado de un frenesí en que aparecen todas las sangres, todos los hombres, las clases, las razas, los oficios, las ambiciones, las tragedias, las alegrías, los crímenes, los amores, se destapa la marmita hirviente del Perú contemporáneo. En ese vasto cuadro coexisten el feudal de horca y cuchillo, el comunero libre, el obrero pauperizado, el nuevo capitalista, el agente político, el señor empobrecido, el estudiante inconforme, el banquero despiadado, el consorcio imperialista, el sirviente sumiso, el campesino emigrado, la señorita incorruptible, el militar violento, todas las sangres, los mitos, las innovaciones, las muertes, las resurrecciones, en una bullente simultaneidad de contradicciones

dinámicas y también paralizantes. El punto de vista sobre este inmenso paño vivo no es el del lector previsible del libro, el lector culto de la ciudad habituado a la literatura, y para él *Todas las sangres* será una desquiciante revelación, un brutal desmentido al optimismo fácil que cifra en la transculturación y el mestizaje, un poco bajo el efecto del espejismo de Lima y otros centros urbanos, la ordenación de esta nacionalidad en agraz. En agraz porque, como en una constelación nebulosa, giran en torno a una esperanza miríadas de violentos microcosmos en combustión, regidos por una hasta ahora enigmática norma que, sin embargo, no es la de la convivencia en comunidad, la de la nación propiamente dicha.

La sorpresa tiene un motivo literario: Arguedas cuenta la compleja urdimbre de *Todas las sangres* desde una perspectiva de indio, henchido —y estas palabras suyas procuran una clave para el entendimiento del libro— por “la inextinguible ternura y el templado odio que aprendí en la aldea, que indios majestuosos, dulces y sabios o terribles, me enseñaron con los primeros cantos y las primeras palabras”. La infancia, dijimos arriba, dejó la impronta quechua en el alma de Arguedas, la selló para siempre. Toda su obra hasta hoy ha sido rescatar de la memoria esa profunda substancia, “ese país inasible por entero” que es el Perú legítimo si entendemos por legitimidad la eminencia de una mayoría cuya cantidad tiene un correlato cualitativo proporcional al numérico y la obstinación de una vida que resiste las agresiones con toda su original potencia intacta. “País inasible” porque se lo ha tratado de aprehender desde una posición conquistadora que no difiere en mucho de la de los soldados, clérigos y licenciados virreinales, y que cuando ha trocado la imposición por la persuasión en nombre del “indigenismo” —ideología ésta, según dice Jorge Bravo Bresani, por evolución o por contraste, de naturaleza hispanista—, ha asumido las untuosas maneras del paternalismo acordándole al indio, como se acuerda un privilegio, su personalidad y su derecho. Precisamente en *Todas las sangres* Arguedas ase al país desde la médula, surgiendo de su entraña popular, adecuando merced a una operación estética el idioma español a una realidad que, en general, lo rechazó y que cuando lo aceptó lo hizo como medio auxiliar para su trato con el país oficial e intruso. Esto ya no es “indigenismo” en la acepción consagrada y afortunadamente ya prescrita —en la acepción “realista socialista”, que alentaba animosos propósitos vindi-



“este indio, aquel otro mestizo y este otro blanco son personas”

cativos y paradójicos resultados idealistas, mas no fines ni principios literarios—, sino que rebasando la calificación ociosa se muestra como un arte que, por encima inclusive del tema, se aplica al verbo. Entre Arguedas y las palabras hay una muy original relación que se cumple fundamentalmente en una invención de orden lingüístico sin paralelo en la novela latinoamericana contemporánea. Ésta no es fruto de una sabia preconcepción, como en Cortázar o Guimarães Rosa, ni se inserta en un inteligente esquema previo, como en Fuentes, Vargas Llosa o Carpentier. Su génesis es natural, como la respiración.

Pocos estarán en desacuerdo con el novelista acerca de que “entre un mujik y el zar había menos diferencias que entre el presidente de una gran empresa subsidiaria de un monopolio internacional y un siervo de hacienda peruano”. Mujik y zar hablaban la misma lengua, lo que equivale a afirmar que pertenecían a una misma cultura, compartían la misma historia, poseían, en fin, eso que durante algún tiempo se denominó “alma rusa”. Ambos eran económica, social y políticamente distintos, pero entre uno y otro había un punto de confluencia gracias al cual, a la postre, el campesino reconocía en el monarca la esencia carismática del mando. Esa “alma rusa” tenía pues una suerte de campo ejidal de encuentro: la lengua, el habla, la *casa del ser* heideggeriana. En cambio, entre el presidente del consorcio (o el funcionario administrativo de la capital, o el estudiante urbano, o el oficial de ejército, o el intelectual de formación europea) y el siervo indio de los Andes peruanos no hay, hasta hoy, ese puente oral, y ello menos por la generalizada ignorancia del quechua del peruano no indio que por la nula participación de éste en el mundo espiritual de aquél, y también por su consciente o inconsciente desprecio a la piel atezada, al primitivismo mágico, al candoroso folklore de los indios. Sociedad escindida, maniquea la del Perú contemporáneo, Arguedas es el único que, cuatro siglos después del Inca Garcilaso de la Vega (quien escribió “para dar a conocer al Universo nuestra patria, gente y nación”), se ofrece como intermediario para aproximar ese mundo rico e incógnito al otro, al de quienes por gravitación histórica, por deber humanístico o, en última instancia, por simple sentimiento de patria, están obligados a integrárselo, reconociéndolo en sus valores, comprendiéndolo en sus distinciones, adoptándolo como un hecho aplastante que es ridículo escamotear con discursos, programas y leyes que nacen, como la interesada voluntad que los engendra, moribundos. Y el esfuerzo de Arguedas no es de índole política; igual que el de Garcilaso, es un esfuerzo verbal. Esa creación con palabras no se resigna, además, a ser sólo creación para sí, perfección que existe satisfecha consigo misma, sino que aspira a cumplir, trascendiéndose, un papel social o, dicho con más propiedad, nacional, pero que no sacrifica su índole literaria al efecto extraliterario mencionado. Una y otro están conjugados, son univitelinos e inseparables. El quechua traducido por Arguedas penetra el español y no lo desgarrar. Por el contrario, lo fecunda sintácticamente y semánticamente, haciéndolo ondular con un ritmo desconocido, rehaciéndolo con matices inesperados e insospechables, enriqueciendo con valores de sonido y sentido nuevos su poderoso genio simbólico y poético. Unos pocos ejemplos bastan:

—Caballero patrón: colonos y comuneros, completos estamos. Ha contado el jefe de guardia; ha contado maestro Portales, ha contado maestro Antenor. Completos estamos; cincuenta y tres dieces, cada diez con su *k'ollana*. Yo también hemos contado; ingeniero está triste, patrón. Su corazón está fatigando, porque en vano habla de los lahuaymarcas, de las criaturas de don Bruno. Como extranjero, de don Bruno habla. Dios está en nuestro pecho, mandando. En don Bruno, a veces habla el diablo, como también en el ingeniero, como también en cualquiera. Diga, patrón, caballero, oyendo a su conciencia, tranquilo; enfriando la rabia que malogra la vena de la gente; diga, patrón, en delante de nosotros: su hermano don Bruno, ¿está con usted o con el ingeniero está? ¿Cuál es lo verdadero de lo verdadero? ¿Lo que el ingeniero sin saber de don Bruno, como extranjero, ha dicho o lo que ha visto el maestro arequipeño, el maestro de Puno, el peón? ¿Cuál es lo cierto? ¿Que estamos completos y allí, adentrito del carril que hemos limpiado con nuestra mano, triste, para que descansen los huesitos del hombre que por gusto ha gritado?...”

—Hubieras sido mejor mestizo [...] Estarías negociando en ganadito o en traer mercadería a Santa Cruz. Yo tengo

mi tiendita. O estarías sembrando trigo a medias en las tierras de los vecinos ociosos. Los vecinos están comiendo agüita no más; dicen es vergüenza agarrar lampa. Mejor quieren que su mujer coma agüita, que amarillee con sus hijos, por hambrientos. Al hacendado grande creo le odian hasta los santos...”

—Yo sufriendo siete años en barriadas de Lima, comiendo basura con perros y criaturitas, oyendo a políticos, yendo a la escuela. Cuidando mi alma, señor, para ti...”

Pero este ajuste se echa de menos en las partes donde el novelista por necesidad del argumento ha tenido que retratar gentes de la alta y la pequeña burguesía costeña y urbana. Ahí, como la crítica unánimemente lo ha señalado, Arguedas pierde el “tono de veracidad”, tal cual dice José Miguel Oviedo, y asimismo se deslíe la creación hasta el artificio. Y es que el apoyo psicológico quechua, que el escritor domina porque es el de sus propias y personales vigencias, desaparece, y el arte verbal de su prosa dialogada de indios y mestizos aindados se pierde en una lengua que para él no deja de ser adoptiva, extraña y periférica. Mas estos parciales hiatos son prueba justamente de hasta qué punto *Todas las sangres* es obra de un arte de palabras, porque la palabra re-significada es la materia, el barro genésico de su trabajo. Lo social es eco de lo verbal, aunque un eco inevitable.

La novela se inicia con un episodio memorable: un viejo y agonizante terrateniente trepa a la torre de la iglesia del pueblo de San Pedro para maldecir desde allí a sus hijos y herederos, don Bruno y don Fermín, por pecadores, abusivos, crueles e ingratos. El anciano reclama el castigo divino para ellos y, ante la multitud que lo escucha, lega su maldición y sus enseres a “sus” indios y sirvientes. No será el *fatum* de aquella maldición el móvil de los sucesos posteriores. Como un abanico se irá desplegando la fabulación de ese mundo perdido de la cordillera, en cuya cúspide están los grandes señores anatematizados: don Bruno, apegado a la tradición feudal, enemigo de la ciudad corruptora y de los nuevos hacendados sin amor a los indios, lo cual no le impedirá ser violador de inválidas, azotador de siervos indefensos, cristiano hasta la estigmatización y la ascesis, y don Fermín, empeñado en transformar el agro en centro minero que aporte, junto con las máquinas y las costumbres, el progreso para los nativos, opositor al feudalismo, rival y socio del consorcio imperialista, pese a lo cual seguirá siendo expoliador de peones hambreados, usufructuario del trabajo impago de los indígenas, sensual y fraticida como un bárbaro medioeval. Y debajo de esta cúspide bicéfala, los “señores pobres” de San Pedro, andrajosos caballeros carcomidos por la melancolía o la envidia; los indios, comuneros libres, colonos, alcaldes de vara, entre los que se yergue Demetrio Rendón Willka, el mayestático caudillo; los “cholos” ricos que han emergido de la masa anónada y que el comercio ha hecho prósperos; los ingenieros, maestros, estudiantes, funcionarios, atraídos por el probable auge minero; los enclenques domésticos de casa grande, de abyección fidelidad, éstos y otros más trenzados por amor u odio, por sueño y miseria, por ambición y esperanza, en una trabazón crujiente que no se rompe en definitiva ni siquiera cuando las tropas acaban con la resistencia o cuando el nuevo *status* económico se establece borrando el paraíso del patronazgo y la servidumbre considerados naturales. *Todas las sangres* no se distiende al finalizar la última de sus casi quinientas páginas de apretada tipografía —en las que no es raro registrar destiempos, contradicciones y fallas de redacción y composición que no llega a afectar al conjunto— puesto que el flujo de los sucesos se adivina desenvolviéndose, antes y después de la ficción, en la retorta de la cordillera peruana que con parsimonia cuece individuos y muchedumbres, los ahoga, rehace, lanza y recoge, en una emulsión que Lima indiferente e insensible ignora. De este modo, el libro y la realidad andina se pretencen: aquél mezcla memorias de Arguedas y noticias de la historia reciente; ésta se forma con los acontecimientos reales o irreales a los que la imaginación novelística del autor ha servido de levadura. Literatura y vida, en suma, son una, pues la segunda hace de la primera un momento del decurso de un pueblo que comienza a tener rostro y espíritu porque posee una verídica imagen artística.

¹ Esta y otras declaraciones de Arguedas sobre su reciente libro están tomadas de la entrevista que en el diario “Expreso” de Lima, de los días 25 y 26 de marzo último, publicara R. V.